

a la ideología del crítico: Cervantes detesta la represiva burocracia madrileña, presenta con manifiesta parcialidad a sus héroes humildes, Rinconete y Cortadillo, etc. Puede haber su parte de verdad en todo ello, pero la inmensa simplificación de la postura artística autónoma de Cervantes, en quien los factores ideológicos distan mucho de ser los decisivos, es evidente en todo el artículo. Mucho más desconcertante, sin embargo, es el procedimiento seguido al citar la *Charla sobre teatro* de García Lorca. Pedía éste para España un teatro que recogiera "el latido social, el latido histórico, el drama de sus gentes y el color genuino de su paisaje y de su espíritu, con risa o con lágrimas" (*Obras completas*, ed. A. del Hoyo, Madrid, 1957, p. 34). De estas palabras, Krauss cita sólo "el latido social", traducéndolo "den Peitschenschlag der Gesellschaftskämpfe" ('el latigazo de las luchas sociales'). Aun suponiendo una confusión —no sé si disculpable— entre *latido* y *látigo*, salta a la vista lo tendencioso de la versión⁷.

Es claro que lo que a Krauss le atrae de la literatura española es el hecho de que sus productos están a menudo más claramente arraigados en el subsuelo popular de lo que sucede en otras partes. Así, frente al desdén que suele manifestar el refrán francés por el pueblo, él señala la luz favorable en que se ve a éste en el español; nota cuán aferrada a lo popular —poesía o lenguaje— permanece la palabra *romance* en español, frente a sus equivalentes en francés e italiano, etc. Pero al destacar tan insistentemente el "popularismo", y sobre todo al enfocarlo con su criterio político-social, produce una visión francamente desequilibrada de la cultura española. Su partidarismo se hace más acentuado y más apasionado a medida que el tema es más moderno. No exigimos al crítico impasividad y fría objetividad, pero sí serenidad y amplitud de miras; por eso tenemos que discrepar decididamente de la postura crítica adoptada por Werner Krauss.

ALAN S. TRUEBLOOD

Brown University.

RICHARD L. PREDMORE, *El mundo del "Quijote"*. Ínsula, Madrid, 1958; 170 pp.

La solapa de este libro del profesor Predmore afirma, con evidente exageración, que el autor lo ha escrito "prescindiendo de anteriores estu-

⁷ No podemos menos de observar, especialmente en los estudios cervantinos, una serie de inexactitudes desconcertantes: confusión de las dos ventas del primer *Quijote* (p. 101); el cura y el barbero iban de verdad a Sevilla cuando encontraron a Don Quijote (p. 101); el cura aplaca a los cuadrilleros acordando llevarse enjaulado al caballero andante (p. 102); la Segunda parte apareció en 1614 (p. 110); inversión de los papeles de Cipión y Berganza (p. 118); omisión del final de una cita de Manrique, que deja trunco el sentido (p. 128). Y, con miras a una nueva impresión de estos estudios, señalemos algunas erratas: p. 87, lín. 4: leer *vecinos*; p. 95, 2º verso: leer *cuando*; p. 129, lín. 11: la cita de Nebrija debiera rezar: "novelas o historias embueltas en mil mentiras i errores"; p. 130, nota: leer *Origenes*; p. 138, lín. 4: leer *descuidadamente*; p. 150, lín. 17: leer *ladrón*; p. 152, 1º verso: leer *pues*; p. 152, lín. 3 desde abajo: leer *Basilio*.

dios". Si ante el mundo del *Quijote* —como ante el mundo, sin más— es fácil rendirse a la tentación cartesiana de “se défaire de toutes les opinions qu'on a reçues auparavant en sa créance”, Predmore es demasiado discreto para dar por inexistente la biblioteca acumulada por los cervantistas de tres siglos. No llega a tanto, pero sí reduce al mínimo su expresa crítica de críticas, y subraya una y otra vez su voluntad de “empirismo”. Cuando, en los últimos párrafos de su obra, el autor concluye que el mundo del *Quijote* es “extraña y maravillosamente libre”, de una libertad que “no sirve de escenario para el triunfo de la materia, sino para la revelación del espíritu” (p. 168), el lector de Predmore, aun asintiendo, advierte que lo más característico del libro que tiene en sus manos no se traduce en fórmulas tan amplias. Ciertamente es que no faltan, antes de esa conclusión generalizadora, otros pasajes con parecido tono de síntesis; lo normal es, no obstante, la subdivisión y agrupación de ejemplos, con el más preciso y escueto comentario.

Porque uno de los propósitos salientes de Predmore parece ser el mostrar —y aun demostrar, a fuerza de citas textuales de Cervantes— la ineficacia de tanta resbaladiza afirmación “filosófica” como se viene haciendo sobre la genial novela. Sus ejemplos tienden a denunciar la ligereza con que se suele inscribir el *Quijote* en tal o cual *ismo* apresuradamente tomado de la historia de las ideas. Desde su prólogo va oponiendo Predmore la fórmula de “mundo novelesco”¹ a la de “sistema filosófico”, y señalando la arbitrariedad con que más de un crítico confunde en un mismo rótulo el sentir de Don Quijote (y de otros personajes) con el del propio novelista. Y por todas partes se insinúa en este libro el rechazo de cuantas interpretaciones del *Quijote* tiendan a presentarlo como construido sobre netas y rudimentarias dualidades. Cervantes no es amigo de manejar oposiciones simplistas, y Predmore admira muy en primer término el arte milagroso con que la comicidad paródica se enlaza, en el *Quijote*, con la más profunda, original y múltiple invención de experiencias humanas². Ante tan prodigiosa abundancia, el crítico ha querido concentrar su esfuerzo en distinguir y matizar, y es natural que muchas de sus afirmaciones se rocen, en diversos sentidos, con las de otros cervantistas de hoy.

En efecto, reducir al mínimo las referencias a la biblioteca cervantina no supone, para Predmore, desoír su lección (así sea, a veces, para discrepar de ella o retocarla). Llevaría aquí demasiado espacio detallar hasta qué punto coincide con Unamuno y Ortega, con Azorín, Madariaga y Thomas Mann, con Leo Spitzer y Joseph E. Gillet, con Otis H. Green y Raymond S. Willis, con A. A. Parker y William L. Fichter, con Amédée Mas, Antonio Vilanova y Alberto Navarro González. A todos ellos menciona o comenta en su libro, pero más a fondo a Américo Castro, y tanto al del *Pensamiento de Cervantes* como al ulterior. En un artículo de 1953³, señalaba Predmore con decidida aprobación el que don Américo hubiese pasado —en lo tocante a su idea del *Quijote*— del *Pensamiento* a la entonces llamada *España en su historia*. Pero Predmore tampoco

¹ Mundo complejísimo, por cierto, pero armónico y congruente.

² “...Es de los rarísimos escritores que pueden repicar y andar en la procesión” (p. 165).

³ “El problema de la realidad en el *Quijote*”, *NRFH*, t. 7, pp. 489-498.

llegaba a adherirse plenamente a este "segundo" don Américo, y en *El mundo del Quijote* (nota de la p. 129) recalca todavía:

Algo de lo mucho que ha encontrado A. Castro en el vivir hispánico he encontrado yo en el vivir de los personajes cervantinos. El lector curioso puede verlo sin más que leer el último capítulo de *España en su historia* [...], donde se insiste en la importancia de la voluntad, la fantasía, el desatender la realidad inteligible del mundo, el vivir recluso en un mundo personal, etc. Si yo he comprendido bien a Cervantes, cabe subrayar, por lo menos, esta diferencia entre su punto de vista y el de Castro: Cervantes caracteriza de loco el voluntarioso volverse de espaldas a la realidad, y Castro parece exaltarlo.

Sería quizá más exacto decir, en esta frase final: "y el Cervantes de Castro parece exaltarlo", aunque de todos modos la posición de don Américo seguiría apareciendo así excesivamente simplificada. Y no es que Predmore postule, ni mucho menos, un elemental 'Cervantes contra Don Quijote'; también él va más allá de ese pasaje de la p. 129, y sabe ver en la locura de la gran novela, y no sólo en la del protagonista, una zona vital rica y múltiple que se enlaza con lo más afirmativo del pensamiento y sensibilidad de Cervantes. Pero en un cuadro cabal de Américo Castro cervantista, aun limitándonos a este único tema, habría que incluir mucho más, —sin contar el nuevo don Américo (y que siga renovándose por muchos años) posterior al libro que reseñamos, y en especial su admirable prólogo al *Quijote* mexicano de 1960⁴. Es difícil que crítico alguno logre ajustar su carrera a tan extraordinaria movilidad intelectual.

Por otra parte, no son sólo discrepancias las que advertirá el lector si compara las observaciones de Castro y las de Predmore sobre ciertos fundamentales temas cervantinos. Tal el de la libertad, en el muy amplio sentido en que ambos la conciben: aquella extraña y maravillosa libertad en que, según hemos visto, convergen y culminan las reflexiones de Predmore. Libertad dentro y fuera de los personajes, en el relato, en Cervantes. Libertad que, iluminada por Predmore desde distintos ángulos y en distintos planos, se acerca a menudo a la del último don Américo. Libertad, con todo lo que ella supone de posible extravío y alucinación⁵, en escala que abarca a multitud de personajes y que, ascendiendo, llega a la suprema locura del héroe. Libertad, pues, que nada tiene que ver con el rastreo y desciframiento de precisos mensajes revolucionarios en que ciertos "cervantistas" se entretienen aún hoy, con ingenuidad y entusiasmo dignos de mejor siglo.

RAIMUNDO LIDA

Harvard University.

⁴ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Prólogo y esquema biográfico por Américo Castro. Editorial Porrúa, México, 1960. (Prólogo, aseguran los editores, que es "espinas dorsal de un futuro libro".)

⁵ "No debemos exagerar el volumen de locura que se ciernen sobre el mundo quijotesco. Es cierto que los más de sus habitantes no son locos, pero también es cierto que hasta los más cuerdos parecen vivir siempre al borde de una locura posible" (p. 129).